

JOHN DOWNIE, UN TENIENTE DE ALCAIDE BRITÁNICO EN EL ALCÁZAR DE SEVILLA

MERVYN SAMUEL

RESUMEN

El escocés John Downie participó en la Guerra de la Independencia al principio con los Dragones Ligeros del ejército británico y luego con la Leal Legión Extremeña, cuerpo que creó por iniciativa propia y con autorización española. Tuvo una participación heroica en la expulsión de las fuerzas napoleónicas de Sevilla, y como consecuencia fue célebre tanto en Gran Bretaña como en España. Agradecido, en 1816 Fernando VII le nombró Teniente Alcaide del Alcázar de Sevilla. Tomó la nacionalidad española, abrazó la fe católica y prestó más servicios al monarca durante la visita de la Reina María Isabel de Braganza en 1816 y en los momentos conflictivos de 1823.

PALABRAS CLAVE

Alcázar de Sevilla, Guerra de la Independencia, John Downie, Leal Legión Extremeña, Fernando VII, María Isabel de Braganza.

Llama la atención el hecho que, durante el reinado de Fernando VII, el Teniente de Alcaide de los Reales Alcázares de Sevilla era un valiente escocés llamado John Downie. Era hijo segundón de una familia hidalga del condado de Stirling en la Escocia central, y nació en la casa solariega de Blaugorts el 28 de diciembre de 1777. Como el sistema de primogenitura le excluía de cualquier esperanza de heredar las propiedades de sus antepasados, se lanzaba a la aventura, y en 1802 le encontramos en la isla caribeña de Trinidad, que en 1797 los británicos habían conquistado a los españoles.

Empezó con cierto éxito a labrar una fortuna a base de negocios, pero el colapso de un banco le dejó de nuevo falto de capital. Fue entonces que se unió a Francisco de Miranda en su intento fallido de provocar una insurrección contra el gobierno español de la Nueva Granada, en lo que ahora es Venezuela. Volviendo a Gran Bretaña se alistó en el ejército británico a las órdenes de Sir John Moore para defender Galicia de las incursiones de las fuerzas napoleónicas, pero también en este caso el resultado fue un fracaso militar.

En 1810 estaba de regreso en la Península Ibérica como oficial de intendencia de los Dragones Ligeros, uno de los regimientos británicos luchando bajo Arthur Wellesley, el futuro Duque de Wellington, contra los ejércitos de Napoleón. Actuó con valentía en Talavera de la Reina y Badajoz, y figura mencionado varias veces en documentos españoles y en relaciones británicas escritas después de la guerra.

El oficial hanoveriano de intendencia, August Schaumann, en su libro de memorias, menciona que en una expedición de busca de abastecimientos cerca de Talavera el veinticinco de julio de 1809, un destacamento del 4º Regimiento de Dragones británicos llegó al galope al pueblo donde Schaumann estaba de paso. Fue liderado por un Don Quijote segundo, un colega mío, oficial segundo de Intendencia en funciones, Mister John Downie. Este fue el hombre que, más tarde, y principalmente de su propio

peculio, reclutó un cuerpo del ejército español vestido a la antigua usanza, con el fin de liberar a España'.

Schaumann continúa con sus recuerdos: 'Por encima de su uniforme de intendencia llevaba una pesada cartuchera de los Dragones, y en la mano una carabina lista para disparar. Estaba inmensamente contento de verme, pero declaró que había resultado ser mi salvador en esta ocasión, ya que no lejos de ese lugar había encontrado una fuerte patrulla de cazadores franceses, que tenían la intención de venir aquí, y los había ahuyentado, matando a uno y capturando un colega, intendente francés, y un hombre más. Y era verdad. Cuando habíamos metido a los dos prisioneros en la cárcel local para salvarlos del odio del populacho, y encontrado hospedaje para el resto de los hombres, fuimos con pluma, tinta y papel hasta la cárcel para interrogar a los detenidos, y luego enviarlos con nuestro informe a Sir Arthur Wellesley. Una turba tan grande se había reunido ante la prisión gritando que debíamos soltar a los prisioneros para ser asesinados – solicitud que nosotros ingleses nunca podríamos conceder – que apenas logramos forzar una entrada'.

'La vista comenzó, y yo era secretario del juzgado. El colega capturado fue un hombre de Alsacia que hablaba algo de alemán, pero nunca hubo delincuente más impenitente. Contestaba preguntas triviales con toda rapidez y detalle, pero a cada pregunta sobre la fuerza de los franceses y sus movimientos, respondía con un sombrío silencio obstinado, o con un 'Je ne sais pas'. Era divertido ver al huesudo escocés con sus seis pies de altura, sentado sobre una silla, ahora blandiendo un bastón español por el aire como enojado, y luego dejándolo descansar sobre el hombro del prisionero de manera persuasiva, y de vez en cuando exclamando, '¿Oye, amigo, como rabia la turba allí afuera? Confiesa, o le soltaremos, y entonces de inmediato tendrá cincuenta puñales en su cuerpo'. El amigo en cuestión se reía de esto, y fue de la opinión que, como ingleses, nunca sancionaríamos tal cosa. Y tenía razón. Cansándose por fin, se rindió, pero nunca se sabrá si nos contó lo verdad o no. Sin embargo, su declaración que el ejército francés, ahora unido, estaba dando la vuelta y nos atacaría por la mañana, sí resultó correcta. A las doce de la medianoche, cuando los manifestantes se habían dispersado, enviamos los prisioneros a Talavera con el parte. Mientras tanto, el anfitrión de Downie, un caballero de amplios medios, cuyo hijo era oficial en el ejército de Cuesta, nos había preparado una cena estupenda sobre una masiva vajilla de plata antigua. Bebíamos y hablábamos hasta la madrugada, luego dormimos un rato en nuestros sillones; y, apenas visto el amanecer, nos preparamos para una rápida huida y volvimos sin contratiempo a Talavera, cargados de víveres'.

Es interesante notar a un hanoveriano y un escocés contentos de considerarse 'ingleses', ¡y comportándose correctamente por ello! Lo que también está claro es que Downie tenía un don de llevarse bien con los españoles, y que era un oficial animoso con energía e iniciativa. Otro testimonio de estas cualidades es el hecho que, el veintidós de julio de 1810, el Consejo español de Regencia (en Cádiz) autorizó a Downie a crear la *Leal Legión Extremeña*, mencionando su comprobada valentía en la evacuación de Badajoz. Iba a comandar el nuevo cuerpo, y los oficiales y tropa serían españoles. El Consejo de Regencia le encomendó al General Marqués de la Romana, uno de los pocos

militares españoles de quienes Wellesley tenía una altísima estima. Se debe subrayar que Downie y sus hombres no eran mercenarios ni guerrilleros, sino soldados regulares luchando en un cuerpo del ejército organizado de forma privada pero reconocido de manera oficial.

Moyle Sherer, en sus *Recollections of the Peninsula* (publicado en 1824), escribe sobre el diecisiete de junio de 1811, que después de abandonar el asedio de Badajoz, 'Vi un cuerpo de la Legión Extremeña; un cuerpo reclutado, vestido y liderado por un General Downie, inglés, que anteriormente había sido Intendente en nuestro servicio. Nunca he visto nada tan caprichosa ni ridícula como la vestimenta de este cuerpo; se suponía que era imitación del vestido antiguo español. El sombrero con ala volteada, jubón cuchillado y manto corto, podrían muy bien figurar en una obra de teatro de Pizarro ... pero en el campamento rudo y primitivo, parecían absurdos y mal elegidos'.

Hoy en día esto nos suena divertido en vista de los uniformes pintorescos y poco prácticos usados por las tropas regulares en la Guerra de la Independencia, y se supone que los que resucitó Downie habían resultado adecuados para Pizarro en la conquista del Perú. Sea como sea, los comentaristas británicos a menudo han infravalorado a Downie con motivo del extraño atuendo de sus tropas, su devoción a la idea romántica de España y el hecho maravilloso de llevar la espada de Francisco Pizarro, que le fue confiado por el Marqués de la Conquista, descendiente directo del conquistador del Perú, que había quedado muy impresionado por su creación de la Legión Extremeña para liberar a España del yugo napoleónico.

El momento más glorioso de John Downie llegó en agosto de 1812, como cuenta José María Queipo de Llano Ruiz de Sarabia, Conde de Toreno, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Mientras un ejército español bajo el General Juan de la Cruz Mourgeon y una fuerza británica bajo el Coronel Skerret se acercaron a Sevilla desde la dirección de Castilleja de la Cuesta, Downie y su Legión Extremeña con los hombres del Coronel Skerret fueron enviados por delante para atacar al reducto francés de Santa Brígida, con Downie liderando el avance. Tuvieron éxito y los franceses se retiraron al río Guadalquivir, donde retenían el puente de Triana. En aquellos días todavía era de barcos atados con cuerdas y cadenas, y los franceses habían quitado algunas maderas al lado de Triana e instalado cañones al lado de Sevilla en la orilla izquierda del río. De nuevo, Downie y Skerret acaudillaron el ataque, haciendo dos intentos infructuosos de desplazar a los franceses. Luego, Downie se adelantó solo, espoleando a su caballo para saltar donde faltaban las maderas y galopando por el puente hasta las mismas fauces de los cañones. Tanto el caballo como su jinete sufrieron heridas, y los franceses se adelantaron para capturarlo, pero Downie tuvo la presencia de tirar la espada gloriosa de Pizarro a sus fieles extremeños para que los franceses no pudiesen tomarla como trofeo.

Su ejemplo inspiró a las tropas aliadas y al poco tiempo forzaron el puente y los franceses se retiraron en alguna confusión por la Puerta del Arenal, y luego pasaron rápidamente por Sevilla y salieron al lado opuesto por las Puertas de Carmona y Nueva, tomando la carretera de Alcalá de Guadaíra y dejando mucho material bélico por el

camino. Retuvieron a Downie como prisionero hasta que lo abandonaron en un estado bastante lamentable a varias leguas de Sevilla, según parece a cambio de trescientos cincuenta soldados franceses. Volvió al Reino Unido para la convalecencia y debe haber recuperado la salud sin demora, porque en octubre de 1813 le encontramos todavía peleando contra los franceses con su Leal Legión, ahora en los Pirineos.

El Juez Militar Francis Seymour Larpent, en su *Private Journal of Judge-Advocate Larpent*, escribe referente al quince de octubre de 1813: 'Los españoles fueron despertados temprano ayer por la mañana ... sorprendidos, y expulsados de un reducto con algunas bajas en prisioneros y heridos. Creo, sin embargo, que se comportaron bien después ... Ese extraño héroe de teatro, Downie, que estaba allí como voluntario, les volvió a formar y les llevaba bien pero su caballo fue herido. Una vez más expuso sobre los Pirineos la espada de Pizarro, que había escapado por un pelo cuando cayó prisionero en el sur... Es, creo, muy valiente, y parece que lleva a los españoles con él, aunque con nosotros casi no puede hablar sin despertar una sonrisa, o aun más. Al principio estaba con la Intendencia de la División Ligerá'.

El Conde de Toreno nos cuenta que, mientras las fuerzas de Wellington iban penetrando en Francia, el diez de noviembre de 1813 Downie y sus hombres ocuparon el pueblo francés de Sare 'con mucha gallardía': mandó repicar las campanas de la iglesia en celebración y dio un vivaz arengue a sus tropas.

Aquí tenemos una comparación interesante entre la forma española y británica de ver a Downie. El Conde de Toreno cuenta de manera directa la bravura y los logros de Downie, y ni siquiera se molesta en notar cualquier excentricidad en el aspecto de sus tropas. Los británicos, aunque reconocen su valor y excelentes cualidades de liderazgo, le descalifican de 'héroe de teatro' porque no emplea el uniforme reglamentario y se atreve a unas efusiones un tanto coloristas que le granjean el afecto de sus seguidores españoles.

En todo caso, Downie recibió honores en Gran Bretaña y en su país adoptivo. Glasgow le concedió la libertad de la ciudad y el Príncipe Regente (el futuro Jorge IV) le creó caballero, mientras en España en 1816 fue recompensado con el puesto de Teniente de Alcaide del Alcázar de Sevilla, con residencia en el Patio de Banderas del palacio. No fue su único premio español. El once de julio de 1819, Downie fue admitido como miembro de honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, la institución más prestigiosa del mundo de las artes en España. Esto fue de acuerdo con una Real Orden del Infante Don Carlos, jefe de la Academia, comunicado por medio de Francisco Queipo de Llano, secretario privado del Infante. El Secretario de la Academia dejó constancia de que el Mariscal de Campo John Downie fue admitido 'en atención a su carácter distinguido [y] decidida afición por las nobles artes y el progreso que debido a este amor por ellos la escuela de dibujo de esa ciudad [Sevilla] puede conseguir'. Fernando VII nombró a Downie Caballero de la Orden de Carlos III, y la Regencia le hizo Caballero Gran Cruz de la Orden de San Fernando. Es, tal vez, poco sorprendente que Downie aceptó la nacionalidad española, abrazó la fe católica con gran devoción y es recordado en la historia española como el Mariscal de Campo John Downie.

En los años siguientes a la guerra era enormemente célebre en la sociedad española, y su amigo Ángel de Saavedra, que más tarde heredó el título de Duque de Rivas, le dedicó un soneto en su volumen de *Poesías* publicado en Cádiz en 1814:

Al bizarro escocés D. Juan Downie

*Oh de Fingal héroe descendiente,
que de las selvas de la Escocia fría,
volaste a defender la patria mía
con duro brazo y corazón ardiente.*

*Tú que del manso Betis la corriente
con tu sangre teñiste el claro día
que Hispalis admiró la valentía
con que libraste a su oprimida gente.*

*Tu merecida gloria eterna sea;
por donde quier que esgrimas el acero
victoria grata tus esfuerzos vea.*

*Y sigue siempre al estandarte ibero,
pues España se jacta y se recrea
de contar en sus huestes tal guerrero.*

Existen al menos tres grabados con retratos de John Downie. El primero lo representa a caballo, llevando la espada de Pizarro al cinturón, y un bastón de mariscal de campo en la mano derecha. Sevilla y el antiguo puente de barcas de Triana se ven al fondo. Fue dibujado por Nunes do Carvalho y grabado por H. Cook, con el título, 'Brigadier Sir John Downie'. El segundo también es retrato ecuestre, con escenas de sus batallas y las armas heráldicas que adoptó: el grabador es E. Boix. El tercero, dibujado por E. Rodríguez y grabado por T.S. Enguidanos, muestra a Downie vestido a la antigua usanza española, su blasón y el hecho que era '*natural del Condado de Sterling (sic) en Escocia*'. Hay también un retrato al óleo, obra de José María Halcón y Mendoza, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (inventario 0170), de Madrid.

En su puesto de Teniente de Alcaide del Alcázar iba a tener más oportunidades de servir al Rey Fernando VII. En esa época el puesto de Alcaide del palacio era hereditario en la línea de los Duques de Berwick y Alba, pero el entonces titular, Don Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Silva (1794-1835) no jugaba un papel prominente en la historia del Alcázar, y fue una Real Orden de diecisiete de junio de 1816 que confirmó el nombramiento de Downie como Teniente de Alcaide del Alcázar de Sevilla y de las Reales Atarazanas de Sevilla.

Parece que después de la guerra Downie intentó hacer uso de sus conocimientos de suministros de material bélico para vender armas al gobierno español. Esto se deduce de una mención lacónica en la Real Orden del siete de agosto de 1815, del Ministerio de la Guerra, declarando que 'Su Majestad ha resuelto, con relación al suministro de armas,

suspender el progreso del contrato previsto, para el cual se había presentado el Mariscal de Campo John Downie'. En aquel momento el gobierno sufría una severa falta de financiación, lo cual explicaría cualquier demora en obtener equipos para el ejército. La Orden también especifica que en adelante todas las armas debían obtenerse dentro de España, lo cual sugiere que Downie había propuesto importarlas, probablemente de Gran Bretaña.

Su primera prueba como Teniente de Alcaide del Alcázar fue la visita de la Reina María Isabel de Braganza y de su hermana María Francisca de Asís, Princesa de Asturias, en septiembre de 1816. Habían viajado desde Brasil (donde se encontraba la Corte portuguesa desde 1807) hasta Cádiz, donde se celebraron sus respectivas bodas por poderes, y luego continuaron a Sevilla en camino hacia Madrid donde esperaban sus maridos. En 1810 el Alcázar había sido usado por el 'rey intruso' José Bonaparte, pero las circunstancias de la guerra habían causado grandes alteraciones tanto en el palacio como en la ciudad, y cuando se anunció la visita de las dos damas reales Downie se preocupaba de la falta de comodidades para ellas y su numeroso séquito. Sin embargo, tenía amplia experiencia en la intendencia del ejército británico y en la organización de su propia Leal Legión Extremeña, y por lo tanto la mera cuestión del acomodo de unas ciento treinta personas no le resultó en absoluto un obstáculo insalvable.

De manera sistemática, Downie y el Aposentador Real confeccionaron una lista de los artículos que consideraban imprescindibles para la comodidad de los invitados: 58 camas con los colchones correspondientes, 18 de lujo; 176 sillas, 50 con asientos de mimbre; 8 alfombras; 38 mesas, de las cuales 3 superiores; 1 mesa dos varas de ancho y trece de largo; 100 candeleros de plata; 10 sofás; 120 cortinas; 12 arañas; 40 estufas; 80 mecheros; 12 espejos grandes de vestir; 2 esterados finas; 60 faroles; 100 toallas; 18 palanganas; 18 jarros; 18 vasos; 10 retretes; 36 escupideras; y 24 quinqués. Presentaron esta lista al Consistorio, y ya el día siguiente Downie estaba protestando ante la ilustre corporación por su lentitud en contestar, comentando que el costo era tan solo una fracción de las constantes contribuciones con que 'las Falanges enemigas' afligían a la ciudad y de las cuales le habían salvado las tropas de Su Majestad.

Las arcas municipales habían sufrido la ruina económica debido a los cuatro años de guerra, y la Alcaldía contestó a Downie observando que como se había designado el Alcázar como lugar de residencia de las damas y su séquito, la preparación del palacio estaba fuera de su jurisdicción, siendo responsabilidad exclusiva de la administración del Alcázar. Sin embargo, nombró un comité para ayudar en el arreglo del palacio, aunque con esto no terminaron los enfrentamientos, y se vio obligado a intervenir el Conde de Miranda como representante del Rey. Reconoció que las demandas de Downie pueden haber ofendido 'el pundonor y delicadeza' del Consistorio, pero no obstante, les pidió que prescindiesen de resentimientos y ayudasen a Downie por el bien de las personas reales. También envió una lista de enseres y vajillas considerados necesarios para la visita de la Reina, y a efectos de economía el Consistorio solicitó de las personas que pudiesen tener 'lo mejor y decente' que facilitasen los artículos en préstamo, sin ningún pago.

Esta segunda lista comprendía 48 cubiertos completos, 2 cucharones, 24 copas de vino, platos de varios tipos, 12 jícaras para chocolate y 12 tazas para café (especificando que podían ser de loza, y no de porcelana), 12 cacerolas de cobre, y otras muchas cosas. Downie continuaba bombardeando al Asistente con declaraciones que una ciudad de tanta importancia no debía limitar su generosidad al contenido de dichas listas, sino ofrecer a la Reina toda posible comodidad de acuerdo con la categoría de Sevilla, que hacía tan poco había sido rescatada del cautiverio por los ejércitos de Su Majestad. El Consistorio intentaba mantener su política de máxima economía, pero aceptó adquirir de nueva creación los colchones, sábanas, almohadas y todo lo necesario para las cuatro camas preparadas para las damas reales. El Teniente Alcaide también consiguió la ayuda del pintor Joaquín Cortés para reunir una colección numerosa de cuadros prestados por particulares para vestir los aposentos reales. Downie dedicó especial atención a la iluminación del Alcázar, distribuyendo ocho mil luces alrededor del edificio y sus jardines.

Llegado el momento, parece que las dos hermanas reales encontraron todo en orden, y se puede considerar la visita de tres días como un éxito más para el hábil e inventivo Downie.

La próxima visita real, la de Fernando VII como prisionero del gobierno 'liberal' en 1823, fue un desafío de otro tipo, pero en esta ocasión las nuevas autoridades habían impuesto un hombre de su confianza como Administrador del Alcázar, que fue el responsable de las disposiciones prácticas. Las cuentas indican que se gastó una suma de 45.000 reales para preparar el Alcázar para la visita real, pero poco se sabe de los pormenores.

Sin embargo, está claro que Downie contaba todavía de la confianza del Rey, y de manera característica se embarcó en una aventura más para intentar salvar al monarca de sus enemigos. Hacia el final de la estancia real en Sevilla, con el ejército del Duque de Angulema acercándose desde Madrid hacia el sur, el gobierno indicó al Rey que deseaba trasladarle a Cádiz, pero Fernando estaba poco dispuesto a aceptarlo. Downie sabía que pudo contar con la complicidad de algunos miembros de la sociedad local que apoyaban al Rey, y juntos urdieron un complot mediante el cual, en la noche del diez de junio de 1823, Downie haría como si 'secuestrara' al monarca para trasladarlo a un pueblo cercano, desde donde se podría tomar el control de su propio destino y dirigirse al ejército francés. Este plan preparado sobre la marcha llegó al conocimiento del Ministro de la Guerra, el General Sánchez Salvador, que arrestó a Downie y sus colaboradores, enviándoles a la cárcel de la Carraca en Cádiz. El Rey y la familia real les siguió por el difícil camino a Cádiz unos días más tarde, y ninguno de ellos recuperó la libertad hasta octubre de ese año.

A pesar del fracaso del plan de evasión, el Rey Fernando VII estaba agradecido a Downie, quien después de la liberación de todos fue restituido de inmediato como Teniente de Alcaide del Alcázar, y se despidió al Administrador 'liberal'. En aquellos años John Downie recibió en el palacio sevillano a viajeros británicos, como George Ticknor, que escribió una descripción del encuentro.

Downie falleció en 1826, dejando la memoria de un hombre que no se encaja fácilmente en ninguna de las categorías al uso, un evidente entusiasta por España, hombre que fue fiel a Fernando VII sin olvidarse de su patria de origen. Por su energía e inteligencia alcanzó un lugar honorable en la sociedad de su tiempo, pero luego él y sus hazañas han sufrido un cierto olvido. Que este texto sirva para recordar a este hombre de espíritu inquieto y aventurero que encontró su vocación en España y su lugar del alma en Sevilla, donde se le consideraba un héroe.

Y aportamos una nota final sobre la espada de Pizarro. Nuestro distinguido escocés se había comprometido a devolverla al Marqués de la Conquista una vez finalizada la guerra, pero por la razón que fuera, permaneció en manos de Downie hasta su muerte. Luego el Rey Fernando VII ordenó su envío a la Armería del Palacio Real de Madrid, decisión razonable por ser un auténtico tesoro nacional. Y allí esta reliquia de dos hombres extraordinarios permanece hasta hoy, como reproche de otros seres menos atrevidos y recuerdo que, en tiempos pasados, el heroísmo era un componente muy apreciado de nuestra civilización.

BIBLIOGRAFÍA

Blanco Arévalo, Alda y Thompson, Guy (Ed.): *Visiones del liberalismo: política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*. Universidad de Valencia, 2011.

Cobbett's Political Register (4 de marzo de 1815).

Esdaile, C.J.: *Guerrillas, bandits, adventurers and commissaries: the story of John Downie*. En: Woolgar, C.M. (ed.): *Wellington Studies IV*. Southampton, Hartley Institute, 2008.

Esdaile, C.J.: *Outpost of Empire: the Napoleonic Occupation of Andalusia, 1810-1812. Campaigns and Commanders*. University of Oklahoma Press, Norman, 2012.

Fernández Albéndiz, María Carmen: *Sevilla y la Monarquía: Las visitas reales en el siglo XIX*. Universidad de Sevilla, 2007.

Ferrín Paramio, Rocio: *El Alcázar de Sevilla en la Guerra de la Independencia. El Museo napoleónico* (con estudio preliminar de Moreno Alonso, Manuel). Sevilla, Patronato del Real Alcázar, 2009.

García León, José María: *Liberty under Siege. The Cadiz Parliament of 1812 and Spain's first constitution*. Quorum, 2012.

Jaimes-Correa, Gilberto: *Trinidad through the Eyes of Francisco de Miranda's Correspondence* (auto-edición, 2004). ISBN 980-12-1053-2.

Larpent, Francis Seymour, editado por Larpent, Sir George: *Private Journal of Judge-Advocate Larpent*. Londres, Richard Bentley, 1853. 3 tomos.

Rivas, Duque de (Ángel María de Saavedra y Ramírez de Baquedano): *Poesías*. Cádiz, 1814.

Schaumann, A.L.F.: *On the Road with Wellington. The Diary of a War Commissary in the Peninsular Campaigns*. Nueva edición 2005.

Sherer, Moyle: *Recollections of the Peninsula*. Londres, 1824.

Ticknor, George y Ticknor, Anna Eliot: *Life, letters and journals of George Ticknor*. Sampson Low, Marston, Searle and Rimington, 1876. Vol.1, p.240.

Toreno, Conde de (José María Queipo de Llano Ruiz de Sarabia): *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. 1837.